

ECONOMIA

LAS LINEAS DE DESARROLLO DEL TURISMO EN LAS ISLAS CANARIAS

POR
UWE RIEDEL

Desde que la población «europea industrial» está dispuesta a gastar una parte considerable de sus ingresos en viajes al extranjero, el turismo se ha traducido, para los países sudeuropeos, en una importante cantidad en la balanza de pagos. Esto vale también, de una manera particularmente clara en los últimos años, para las Islas Canarias. Las autoridades españolas competentes y las asociaciones tienen conciencia de esta circunstancia y promueven el turismo en medida creciente, no en último término por medio de facilidades para inversiones orientadas hacia el turismo.

A continuación se mostrará un bosquejo histórico, cuya extensión está en algunas partes condicionada por diversas lagunas y deficiencias de la documentación, en la que se basan los factores históricos de desarrollo del turismo canario actual¹.

Puesto que hasta 1954 no existen cifras estadísticas relativas a las Islas Canarias, el respectivo volumen de la afluencia turística sólo se puede investigar indirectamente. Sin embargo, una

¹ El presente artículo representa sólo una parte de la tesis doctoral del autor (*El turismo en las Islas Canarias. Una investigación geográfica*). Tuvo que ser extraído de dicho trabajo durante la impresión. Título original: *Der Fremdenverkehr auf den Kanarischen Inseln. Etnegeographische Untersuchung*, Kiel, 1971. vol. 35 de «Schriften des geographischen Instituts der Universität Kiel» XX + 295 págs. + láms 1-8 + 7 plans. pleg. y con grab. intercal.

imagen completa del turismo para cada intervalo de tiempo sólo se puede conseguir si esta investigación no se limita solamente a la representación del volumen de forasteros. Más bien han de mostrarse también en cada caso los tipos de turismo y la distribución regional de los núcleos turísticos, así como las repercusiones del turismo sobre el aspecto del país.

Los precursores y principios del turismo moderno no corresponden, en toda su extensión, a los criterios de la definición elegida por Poser (1939, pág. 170). No obstante, la descripción de las directrices más importantes pone de manifiesto aspectos del turismo canario que han conservado hasta el presente su eficacia y su vigor, y que sirven, por ello, como fundamento para la explicación del turismo actual.

1. FORMAS TEMPRANAS DEL TURISMO CANARIO (HASTA 1885)

Ya en los siglos XVI y XVII comerciantes extranjeros, sobre todo ingleses, portugueses y franceses, dieron lugar a una primera gran afluencia de forasteros a las Islas Canarias. Se establecieron en el Puerto de la Orotava (hoy Puerto de la Cruz)², así como en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas de Gran Canaria, y se hicieron cargo del comercio³.

Alrededor de 1725 se declaró a Santa Cruz de Tenerife como el único puerto de salida del tráfico canario de Ultramar. Aquí hacían escala todos los barcos en su ruta hacia América o la India. No es, pues, extraño que la isla de Tenerife entrara ya de una manera prematura en la visual de los hombres de ciencia, «naturalistas» y de los viajeros mundiales: casi todas las narraciones de viajes a países lejanos comienzan con una descripción de esta isla (véase Humboldt, 1859, pág. 79). Los relatos, por su parte, contribuyeron a dar a conocer a Tenerife en todo el mundo y a incitar a los extranjeros a un viaje a esta isla.

² Para la localización del lugar, así como para la de los mencionados más adelante, véase la figura.

³ Consúltese Matznetter, 1958, pág. 16, también Mac Gregor, 1831, página 272; Loher, 1876, pág. 77; Christ, 1886, pág. 3).

La cima del Pico del Teide fue el «imán» que atrajo a todos los viajeros: su formidable masa rocosa, la imponente silueta cónica y la asombrosa altura a que se eleva del Océano Atlántico, lo habían convertido en uno de los más famosos montes ⁴.

Los viajeros describían la isla según el cuadro que les ofrecía el lugar de Tenerife donde desembarcaban. Los que tenían que detenerse en Santa Cruz no vieron en las Islas Afortunadas «nada más que un país desnudo y estéril habitado por una población mísera y poco animosa» ⁵. Otros, que llegaban al Puerto de la Orotava, ensalzaban a Tenerife como «el jardín de las Hespérides» (Bolle, 1861, pág. 10) y al valle de la Orotava como «el centro clásico de las bellezas naturales de Tenerife» ⁶.

Este valle ya era conocido desde hacía tiempo por la descripción de los comerciantes, y había sido visitado por viajeros de muchas naciones, pero se hizo mundialmente famoso por la descripción que de él hizo Humboldt (1859, pág. 90).

No sólo de la cumbre del Teide y del valle de la Orotava decían maravillas los relatos de viajes. El clima del archipiélago canario fue elogiado ya en los primeros reportajes. Todas las descripciones de este tipo quedan resumidas por Belcastel (citado según Richter, 1867, pág. 119) como sigue: «Es el clima mejor y más sano que conozco». Según Pegot-Ogier (1871), hasta el final del siglo XVIII no se prestó atención a que las Canarias merecían ser consideradas como estación climática. Esto ocurrió impulsado por el inglés Anderson, el cual había acompañado a James Cook en su tercer viaje, y junto con él había visitado Tenerife en el año 1776. Su corresponsal isleño le escribió: «El aire y el clima en general son notablemente sanos y particularmente apropiados para prestar alivio a tal enfermedad (tuberculosis)» ⁷. Respecto a esto, deseaba poner de manifiesto que «era fácil procurarse diferentes temperaturas por medio de una es-

⁴ Véase Humboldt, 1859, pág. 96; Greeff, 1868, pág. 193; Hackel, 1870, página 2, Brown, 1890, págs 79 y sigs.

⁵ Humboldt, 1859, pág. 165; también Hackel, 1870, pág 5.

⁶ Bolle, 1861, pág 10, véase también Hackel, 1870, pág 15; Stone, 1889, página 38

⁷ Cook, 1784, pág. 26; véase también Kampf, 1894, pág. 86; Krebs, 1920, págs. 135 y sig.

tancia en las respectivas altitudes de la isla». Manifestó su asombro de que los médicos ingleses no hubieran pensado nunca enviar sus pacientes tuberculosos a Tenerife en lugar de a Niza, Lisboa⁸ o Madeira.

Madeira era ya, desde fines del siglo XIX, una estación climática de cura mundialmente famosa para enfermos del pecho⁹. A esta isla iban a buscar la curación principalmente enfermos ingleses y alemanes. Desde la recomendación de Anderson, los médicos que habían reconocido la isla de Madeira en su aspecto de estación de cura procuraban examinar también las Canarias (Kampf, 1894, pág. 96). El clima de Madeira fue elogiado por ellos a causa de su aire suave y uniformemente caliente y del proporcionado alto grado de humedad que contenía. Sin embargo, no era favorable para todas las enfermedades: «para ciertos tipos de enfermedades pulmonares sería más prometedor un clima marítimo y de montaña, estimulante y moderadamente seco, como por ejemplo el que en forma magnífica está representado por las Islas Canarias»¹⁰.

Como consecuencia, se calificó ahora el clima de las Canarias como «el más sano y agradable del mundo»¹¹, y las mismas Canarias sirvieron como lugar de estancia para enfermos. Con esto sólo se mencionaban las dos ciudades situadas en la parte norte de la isla: villa de la Orotava (la actual Orotava) y Puerto de la Orotava (Puerto de la Cruz). Pues según Greeff (1868, pág. 314), la calurosa Santa Cruz, situada en la parte sudeste, debía producir «un veraneo casi insoportable para enfermos nórdicos». Debido a la puesta en explotación de las colonias tropicales, sobre todo de Africa, la idea de enviar a Tenerife enfermos en busca de la curación resultaría favorecida, pues las Islas Canarias, sobre todo Tenerife, se ofrecían para esto como «la estación más apropiada imaginable para la aclimatación, desaclimatación y descanso»¹².

⁸ Véase Krebs, 1920, pág. 136.

⁹ Véase Kampf, 1894, pág. 86; Greeff, 1868, págs. 312 y 324.

¹⁰ Greeff, 1868, pág. 87.

¹¹ Christ, 1886, págs. 183 y sig.; véase también Bolle, 1861, pág. 9; véase también Stone, pág. 353.

¹² Krebs, 1920, págs. 135 y sig.

El último impulso para que el archipiélago canario fuera visitado por enfermos en busca del restablecimiento llegó en el año 1852, cuando las Canarias, con excepción del Hierro, fueron declaradas zona de libre comercio (puertos francos)¹³. Puesto que al mismo tiempo había en Madeira quejas por las altas tasas aduaneras del gobierno portugués, fue una consecuencia natural que emigraran los primeros extranjeros de Madeira y se trasladaran al archipiélago canario¹⁴. Y, efectivamente, se encuentran ya para los años cincuenta del siglo XIX los primeros indicios de que los europeos viajaban a las Canarias para curarse de enfermedades del pecho y de los nervios¹⁵. Aquí estaban, en primer término, las capas sociales no acaudaladas, que elegían Tenerife como estación de cura, puesto que para ellos lo más perceptible era la carencia de aduanas del archipiélago¹⁶. En estos años Gran Canaria todavía no era visitada por un número importante de forasteros, pues hasta los años sesenta todo el tráfico de línea tuvo lugar por el puerto de Santa Cruz de Tenerife, e incluso Las Palmas solamente poseía un servicio de enlace¹⁷.

Como se ha dicho, debido a la favorable situación del puerto de Santa Cruz, la isla de Tenerife era ya conocida en todo el mundo a finales del siglo XVII, y había sido visitada por viajeros de muchas naciones. Los viajes de comerciantes, hombres de ciencia y «naturalistas» representaron los primeros comienzos del turismo canario, o sea, sus precursores. Pero, además, la llamada de Anderson para enviar pacientes de tuberculosis a las Canarias ya mostró sus consecuencias a mediados del siglo XIX: como un nuevo tipo de turismo se establecía el tráfico de enfermos. Para poder valorar su significado para las Islas Canarias es importante investigar, en primer lugar, los lugares de afluencia del turismo.

El puerto de *Santa Cruz de Tenerife* seguía siendo el principal del archipiélago canario. Desde 1852 se había convertido en una

¹³ Véase Minutoli, 1854, pág. 219; Krause, 1893, pág. 215; Logothetti, 1904, págs. 1 y sig.; Krebs, 1920, pág. 130.

¹⁴ Véase Krause, 1893, pág. 215; Fritsch, 1866, pág. 217.

¹⁵ Véase Bolle, 1861, pág. 13.

¹⁶ Véase Greeff, 1868, pág. 87; Fritsch, 1866, pág. 217.

¹⁷ Véase Matznetter, 1958, pág. 20.

importante base de avituallamiento y de carbón de los transatlánticos. Según Bolle (1861, pág. 101), este tráfico «dio lugar a un animado turismo», bajo el que hay que entender en primer lugar el tráfico comercial y de tránsito. En él tomaban parte, sobre todo, los ingleses¹⁸. Para la estancia de los forasteros, todavía en los años cincuenta, únicamente estaban disponibles tres posadas españolas (fondas)¹⁹. Hasta 1880 no se abre el primer hotel inglés²⁰. A Santa Cruz de Tenerife apenas se la tenía en cuenta como lugar de residencia, puesto que: «desgraciadamente..., no son los alrededores lo que tienta a los extranjeros a permanecer en la isla, y después de verlos pueden dar la vuelta y dirigir sus pasos a otra parte»²¹. Solamente hombres de ciencia y «naturalistas» establecieron aquí su cuartel general para sus excursiones al interior de la isla.

Una única «carretera», trazada en aquellos años, conducía desde Santa Cruz al valle de la Orotava²².

El principal núcleo turístico estaba representado por el pequeño pueblo de pescadores llamado el *Puerto de la Orotava*, del cual dice Bolle²³: «Es casi imposible imaginarse un lugar más apacible, una mezcla más armoniosa de la tranquilidad del campo y el confort de la ciudad»²⁴. Este pueblecito debió su auge a las ricas casas comerciales de Inglaterra e Irlanda allí establecidas.

En las afueras del lugar tenían sus villas ingleses y alemanes²⁵. Una posada española acogía a los forasteros²⁶; en el puerto, un pequeño muelle era apropiado para bañistas (*Puerto de la Orotava*), elogiado y calificado como «el lugar más sano de la tie-

¹⁸ Véase Christ, 1886, pág. 65.

¹⁹ Véase Bolle, 1861, pág. 102; Greeff, 1868, pág. 132.

²⁰ Véase Ordenación, 1963, Stone, 1889, pág. 245.

²¹ «Un fortunately, however, it is not a town, nor as it the surroundings that tempt foreigners to stay in the island, and, may turn away and direct their footsteps elsewhere». Stone, 1889, pág. 189.

²² Hæckel, 1870, pág. 10, véase Loher, 1876, pág. 23.

²³ Bolle, 1861, pág. 106.

²⁴ Véase también Greeff, 1868, pág. 177.

²⁵ Véase Loher, 1876, pág. 218.

²⁶ Christ, 1886, págs. 162 y sig.

rra» y «el lugar de estancia más adecuado»²⁷, se había convertido en residencia de invierno de enfermos y convalecientes, cuya salud era dañada por el invierno nor-europeo²⁸. Los incentivos del paisaje eran para esta pequeña ciudad una garantía «que inducirá a los sanos a acudir allí e impedir que se convierta en el melancólico hospital que es Funchal (Madeira)»²⁹. Lo único que se traducía en un hecho desfavorable para el desarrollo del turismo y la economía en este lugar era la falta de un auténtico puerto³⁰.

Aunque la *Gomera* tenía en *San Sebastián* el puerto más hermoso del archipiélago, esta isla era casi desconocida en este período de investigación³¹. Del *Hierro* cuenta Stone³² que desde la estancia de Colón en las Canarias no había estado allí ninguna otra persona de habla inglesa.

También era excepción un viaje de extranjeros a *La Palma*: «Contadas veces se ven viajeros en esta isla: el cónsul inglés no podía recordar que hubiesen llegado alemanes hasta allí, con excepción de dos naturalistas»³³.

Aunque las dos islas orientales, *Lanzarote* y *Fuerteventura*, habían sido tan prólijamente descritas por Glas (1777), a estas islas llegaron tan sólo unos pocos comerciantes y ningún otro viajero, puesto que se consideraba a las Purpurarias como «más allá del polo de la civilización»³⁴, ya que con Santa Cruz de Tenerife existía solamente un enlace al mes por barco, y precisamente por los vapores ingleses de la ruta comercial nordafricana³⁵.

En cambio, el puerto de *Las Palmas de Gran Canaria*, al igual

²⁷ Véase Stone, 1889, pág. 29; Christ, 1886, págs. 137-139.

²⁸ Véase Bolle, 1861, pág. 106

²⁹ «That will induce the healthy to resort thither and prevent it from ever becoming the melancholy hospital that Funchal (Madeira) is» (Stone, 1898, pág. 29).

³⁰ Véase Stone, 1889, pág. 189.

³¹ Véase Stone, 1889, págs. 97 y 101.

³² Stone, 1889, pág. 102.

³³ Loher, 1876, pág. 241.

³⁴ «Beyond the pole of civilisation» Stone, 1889, pág. 384

³⁵ Véase Greeff, 1868, pág. 235.

que el de Santa Cruz de Tenerife, también se había convertido desde 1852 en una importante base de avituallamiento y carbón para los transatlánticos³⁶.

Esta ciudad tenía que sufrir la desventaja de que todos los barcos más grandes ponían rumbo a Tenerife: «a Gran Canaria sólo venían de paso»³⁷. En aquellos tiempos el comercio se encontraba casi por completo en manos de los ingleses³⁸. En Las Palmas se mencionaba la «Fonda de Europa» como la única posibilidad de alojamiento³⁹. Pero aquí se podía encontrar con relativa facilidad un buen hospedaje si no se tenían preferencias para el alojamiento en una fonda española, alquilando una casa⁴⁰. Para esto era especialmente tenida en cuenta Santa Brígida⁴¹, a donde conducía el único camino transitable que salía de Las Palmas. Este lugar constituía también el núcleo principal del turismo en la isla de Gran Canaria.

La hospitalidad de los habitantes de las islas en este período de investigación fue elogiada por todos los autores⁴². Todavía no se había pensado en explotar financieramente la presencia de forasteros. La mendicidad, usual en España como costumbre en aquella época, era todavía desconocida en las islas⁴³.

El volumen de la *afluencia turística* depende de la naturaleza de las comunicaciones con y entre las islas y de las posibilidades de alojamiento. A continuación serán considerados ambos factores.

Hasta 1885 los enlaces marítimos eran todavía muy limitados⁴⁴. Solamente vapores correos españoles e ingleses, que en sus rutas hacían escala en las Canarias de una a dos veces al mes, podían transportar al mismo tiempo un pequeño número de pasajeros. Sólo de este hecho se puede suponer que en este

³⁶ Krause, 1894, pág. 2.

³⁷ Löher, 1876, pág. 285.

³⁸ Véase Stone, 1889, pág. 305; Greeff, 1868, págs. 243 y sig.

³⁹ Véase Stone, 1889, pág. 252; Christ, 1886, pág. 112.

⁴⁰ Véase Greeff, 1868, págs. 316 y 322.

⁴¹ Véase Löher, 1876, pág. 305.

⁴² Véase Bolle, 1861, págs. 27, 112 y sig.; Löher, 1876, pág. 30.

⁴³ Véase Löher, 1876, pág. 25.

⁴⁴ Véase Greeff, 1868, págs. 143 y sig., nota al pie.

período de investigación viajó a las Islas Canarias tan sólo un número modesto de forasteros.

Otro problema, y al mismo tiempo el motivo de que casi exclusivamente se visitara la isla de Tenerife, y sólo en pequeño volumen todavía Gran Canaria, estaba condicionado por los enlaces interinsulares de aquella época.

Seis veces a la semana iba un barco de vela (el correo) desde Santa Cruz a Las Palmas, y desde allí cuatro veces a Fuerteventura y Lanzarote. Entre Tenerife y La Palma, Gomera y Hierro, se mantenía un enlace postal únicamente cuatro veces al mes⁴⁵. La duración del viaje entre las distintas islas era muy indeterminada, puesto que naturalmente los pequeños barcos de vela «estaban a merced del viento y del tiempo, y a menudo, en los trayectos más cortos, se balanceaban durante días de un lado a otro sin avanzar»⁴⁶. Este estado de cosas era demasiado desfavorable para la formación de una corriente turística hacia las Purpurarias y a las pequeñas islas del oeste; por eso se pedía de todas partes que se sustituyeran los inseguros veleros por vapores⁴⁷.

Si se comparan las posibilidades de alojamiento en las Canarias y en la Madeira en aquel tiempo, resulta un cuadro bastante desfavorable para el archipiélago canario. En Madeira había hechas y se seguían construyendo amplias instalaciones, que tenían en cuenta todas las necesidades de los enfermos. En las Islas Canarias, por el contrario, sólo se encontraban en este aspecto condiciones muy modestas⁴⁸. Los únicos lugares en los que se podía pensar para una estancia invernal (los buscadores de reposo viajaban al saludable clima del sur en aquellos meses de invierno que en Europa del norte no eran sanos para ellos) eran Santa Cruz y el Puerto de la Orotava, en Tenerife, y Las Palmas y Santa Brígida, en Gran Canaria. Siempre que no se tuvieran unas pretensiones demasiado altas se podía encontrar

⁴⁵ Véase Löher, 1876, págs. 218 y 274.

⁴⁶ Meyer, 1893, págs. 30 y sigs.

⁴⁷ Véase Greeff, 1868, pág. 236, nota, Löher, 1876, pág. 146.

⁴⁸ Véase Christ, 1886, págs. 162 y sig., Stone, 1889, pág. 189; Greeff, 1868, pág. 316.

en estos lugares un hospedaje modesto. Lo cierto es que, en principio, no se podía prescindir de alquilar una casa ⁴⁹.

Ya en los años cincuenta del siglo XIX, habían viajado al archipiélago los primeros europeos para la curación de dolencias del pecho y de los nervios. Pero aunque la afluencia turística era pequeña, experimentó en los años sesenta una completa interrupción: desde Egipto, el cólera se había introducido en Europa.

Como medida preventiva, se implantó una severa cuarentena en todos los puertos de España y Portugal, al igual que en Madeira y en las Islas Canarias ⁵⁰. El único enlace regular entre Inglaterra y Tenerife, que era mantenido por la casa de Liverpool «Vapores de África Occidental», se vino abajo puesto que los barcos ya no transportaban pasajeros. Así pues, no resulta extraña la indicación de Kampf ⁵¹ de que en los años setenta era muy raro que vinieran enfermos incluso a Santa Cruz de Tenerife. Solo de manera paulatina encontraron de nuevo las islas una mayor aceptación y una creciente importancia: en 1885 viajaron de 300 a 400 enfermos y convalecientes al archipiélago canario, casi todos ellos ingleses ⁵². La mayor parte de estos extranjeros paraban en el Puerto de la Orotava. Un número mucho más pequeño elegía Santa Brígida, en Gran Canaria, como residencia de invierno.

Hasta ahora se ha tratado solamente de la afluencia de forasteros hacia las Canarias. Sin embargo, ya en aquel tiempo había en las islas dos tipos distintos de turismo, que analizaremos a continuación.

La tendencia al *veraneo*, precursor del turismo moderno, parece convertirse en una institución fija en el archipiélago, ya poco después de su conquista por los españoles (1402-1496). Menciona Humboldt ⁵³ que durante su estancia en Tenerife (en el año 1799)

⁴⁹ Véase Greeff, 1868, pág. 316 y 322, Christ, págs. 162 y sig.

⁵⁰ Véase Greeff, 1868, págs. 2 y sig. y pág. 56.

⁵¹ Kampf 1894, pág. 84.

⁵² Véase Kampf, 1894, pág. 86; Loher, 1876, pág. 22; Brown, 1892, páginas 26-28; Krause, 1893, págs. 207 y sig.

⁵³ Humboldt, 1895, pág. 84.

La Laguna era visitada por los habitantes de Santa Cruz como lugar de veraneo, debido a las temperaturas más frescas que allí reinan⁵⁴. Lo que La Laguna era en este aspecto para Santa Cruz lo representaba la villa de la Orotava para el Puerto de la Orotava: la nobleza tenía aquí sus quintas a las cuales se retiraba en verano, cuando en la costa hace demasiado calor. Pues la Orotava posee, según Burchard, un «clima singularmente afortunado, de tal modo que la formación de nubes es mayor al principio del verano, cuando el calor solar crece fuertemente, y es mínima en invierno, cuando aquél se agradece más»⁵⁵.

Aunque falta documentación de ese tiempo sobre Gran Canaria, se puede asegurar que también aquí la población más acomodada iba de veraneo. Y precisamente representaba «El Monte»⁵⁶, y en él, en primer término, el lugar de Tafira Alta, el sitio de veraneo para la población de Las Palmas⁵⁷.

Ya desde los tiempos más remotos las *aguas minerales* del archipiélago canario habían dado lugar a un turismo propio. Así la utilización de la fuente mineral de Teror, en Gran Canaria, se remonta al siglo XVII, pero sin tener por entonces un gran volumen⁵⁸. Estas fuentes minerales ácidas fueron visitadas con frecuencia por enfermos⁵⁹. También Stone⁶⁰ menciona esta fuente y supone que, al igual que la de Agaete, tendrá un gran futuro, sobre todo «como un tónico, y como una bebida valiosa para personas anémicas»⁶¹. De la fuente de Firgas se cuentan importantes curaciones de reuma y enfermedades de la piel⁶².

⁵⁴ Véase también Mac Gregor, 1831, pág. 259; Bolle, 1861, pág. 102; Häckel, 1870, pág. 10, Stone, 1889, pág. 223.

⁵⁵ Citado según Krebs, 1920, pág. 138.

⁵⁶ En Gran Canaria, Santa Brígida y Tafira se engloban bajo la denominación de «El Monte».

⁵⁷ Véase Stone, 1889, págs. 307 y sigs.

⁵⁸ Véase Kampf, 1894, págs. 67 y sig.

⁵⁹ Véase Mac Gregor, 1831, pág. 294.

⁶⁰ Stone, 1889, pág. 298.

⁶¹ «As a tonic, and as a valuable dring for anaemic people», Stone, 1889, pág. 282.

⁶² Stone, 1889, pág. 364.

En la isla de Tenerife, las fuentes minerales, situadas en los alrededores de Vilaflor y especialmente en La Herradura y en el valle de Ucanca, eran visitadas por los enfermos en verano⁶³. Aquí era importante la fuente mineral de «agua agria», de la que Bolle⁶⁴, cuenta que «tiene sus fanáticos, que no se asustan de acampar junto a ella, en la más profunda y horripilante soledad de la montaña, viviendo semanas y hasta meses en cabañas construidas con ramas».

La más importante fuente mineral, la Fuente Santa, en la isla de La Palma, debe de haber sido «visitada en su tiempo incluso por bañistas de Europa»⁶⁵. Puesto que en 1677 se vio sepultada por un río de lava⁶⁶, debió haber sido, por tanto, ya al principio del siglo XVII, el objetivo de los viajeros europeos. Por una parte, se sabe que ya en el siglo XVI se establecieron colonos flamencos en el valle de Los Llanos en La Palma⁶⁷, y, por otra, que en aquel tiempo holandeses y portugueses visitaban la apartada isla de La Palma⁶⁸.

Se podría, por tanto, pensar que o bien eran ellos mismos los bañistas de Europa o que, a sus noticias, habían viajado otros a la isla. En cualquier caso, la afluencia de forasteros se agotó después que la fuente fue sepultada. En su lugar era visitada en esta isla la fuente mineral de Charco Verde, seguramente solo por nativos⁶⁹.

A mediados del siglo XIX las mencionadas fuentes minerales apenas eran conocidas entre los extranjeros⁷⁰. Eran visitadas exclusivamente por indígenas, los cuales se bañaban en ellas o bebían de su agua⁷¹. Ninguna de las fuentes estaba «dotada de casa de baños o similares, comodidades que amenizan y facilitan el uso»⁷².

⁶³ Véase Mac Gregor, 1831, pág. 274.

⁶⁴ Bolle, 1861, pág. 98.

⁶⁵ Bolle, 1861, pág. 7.

⁶⁶ Brown, 1890, págs. 61 y sigs.

⁶⁷ Baedeker, 1934

⁶⁸ Véase Löher, 1886, pág. 167.

⁶⁹ Véase Mac Gregor, 1831, págs 308 y sig

⁷⁰ Véase Kampf, 1894, págs 67 y sig.

⁷¹ Véase Brown, 1890, págs. 26 y sig.

⁷² Bolle, 1861, pág. 7.

2. EL TURISMO DESDE 1885 HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Hasta 1885 el volumen de la afluencia turística a las Islas Canarias había sido todavía muy limitado. Christ ⁷³ señala la causa de ello: «Antes del trabajo literario moderno y antes de la *Guía*, las hermosas islas han permanecido hasta hoy bastante respetadas: un viaje marítimo de aproximadamente una semana constituye una sana barrera contra la invasión de gentes que solo buscan distracción...» Pero pocos años más tarde ya existía la *Guía*: en el año 1889 publicó Brown su *Guía para uso de inválidos y turistas* ⁷⁴. También a la publicación de los relatos de los viajes de Stone, en el mismo año, hay que concederle una aportación decisiva al aumento del número de forasteros. Pues a través de estas dos publicaciones fueron conocidas las Islas Canarias por primera vez en amplios círculos de la población europea, principalmente en Inglaterra. Se supo que el archipiélago, con su clima admirablemente equilibrado y sus increíbles matices en el más pequeño espacio ⁷⁵, representaba la residencia de invierno más apropiada para enfermos y necesitados de reposo, pero también para turistas. Las repercusiones de estos dos libros pudieron ser registradas casi inmediatamente después de su aparición: «cuando viajamos por primera vez a las islas no se podía encontrar en el archipiélago más de una docena de visitantes, y este puñado solamente en las tres ciudades principales. Desde la publicación de *Tenerife y sus seis satélites*, los visitantes se han volcado sobre las islas y su número va en constante aumento» ⁷⁶.

Así, en el invierno de 1891-92, ya permanecían en el archipiélago, en plan de reposo, «algunos miles de extranjeros» ⁷⁷. En la

⁷³ Christ, 1886, pág. 6.

⁷⁴ *Guide for the Use of Invalids and Tourists*.

⁷⁵ Véase Brown, 1890, págs. 22 y 25.

⁷⁶ «When we first travelled to the Islands there were not more than a dozen visitors to be found in the archipelago, and that handful only in the three chief towns. Since the publication of *Tenerife and its Six Satellites*, visitors have poured into the Islands, and their number is constantly on the increase...», Stone, 1898. Prefacio.

⁷⁷ Kampf, 1894, pág. 86; Brown, 1892, págs. 26-28; Krause, 1893, págs. 207 y siguiente.

época de la estancia de Meyer en Tenerife se contaba allí ya nada menos que con 200 ingleses; los viajeros de otras nacionalidades formaban una pequeña minoría ⁷⁸.

Por otra parte, los relatos de viajes de Brown y Stone no sólo dieron el impulso decisivo para que un considerable mayor número de extranjeros, sobre todo ingleses, viajaran al archipiélago, sino que también dieron lugar, además de las estancias de reposo de enfermos, a un nuevo tipo de turismo: los viajes de placer de los turistas.

Sin embargo, el aumento en el volumen de extranjeros no fue posible sin una simultánea mejora de las comunicaciones con las Canarias.

Las Islas Canarias, que desde 1852 eran «puertos libres restringidos», y con ello quedaban fuera de la zona aduanera española, fueron también liberadas en el año 1900 del hasta entonces obligatorio arancel del 1 por 100 ⁷⁹. La consecuencia inmediata de esto fue que sobre todo el tráfico comercial inglés con el archipiélago canario experimentó un importante crecimiento ⁸⁰. Todos los vapores comerciales transportaban un moderado número de pasajeros. Así es explicable por qué se podían encontrar principalmente viajeros ingleses en el archipiélago. Pero ahora también se podían alcanzar Santa Cruz de Tenerife o Las Palmas desde Hamburgo, Marsella, Génova, Barcelona y Cádiz en siete u ocho días ⁸¹.

Ahora hay que examinar hasta qué punto esta acrecentada afluencia de extranjeros pudo mostrar su repercusión en las mismas Canarias.

Hasta el comienzo de la primera guerra mundial (1914) se habían establecido en las Canarias ingleses, franceses y alemanes, en un número relativamente pequeño pero muy importante en la

⁷⁸ Véase Meyer, 1893, págs. 30 y sig.; también Vignal, 1893, pág. 419.

⁷⁹ Véase Logothetti, 1904, págs. 1 y sig.; Maluquer, 1906, págs. 153-159; Sapper, 1906, pág. 499.

⁸⁰ Véase Krause, 1893, pág. 206, Galatti, 1907, pág. 3.

⁸¹ Véase Meyer, 1896, págs. 13 y 16 y sig. Véanse los datos de las líneas marítimas a las Islas Canarias de: Christ, 1886, págs. 7 y sig.; Stone, 1889, páginas 481 y sig.; Brown, 1890, págs. 18 y sig.; Krause, 1893, Nebehay, 1904, página 277.

vida económica del archipiélago, por su poder financiero y su enérgica iniciativa. Según el censo del 31 de diciembre de 1900, había un total de 4.227 extranjeros: 2.085 ingleses, 610 alemanes y 582 franceses⁸². Además, casas comerciales inglesas de todos los ramos, especialmente de Londres y Liverpool, habían abierto sucursales en las Canarias, para atender a la demanda del público inglés, que cada vez prefería más el archipiélago como estación climática de invierno⁸³. Se abrieron tiendas y almacenes con artículos ingleses⁸⁴ y se fundaron bancos, que hasta 1885 eran todavía desconocidos en las islas⁸⁵. Por su parte, estas empresas y preparativos habían tenido como consecuencia un reiterado aumento de la afluencia turística. Así, según una estimación del consulado inglés de entonces, la cantidad de dinero aportada anualmente por los viajeros importaba alrededor de un millón de marcos⁸⁶. Aunque una parte del dinero regresaba otra vez a Inglaterra «por los numerosos artículos introducidos desde allí»⁸⁷, la mayor parte se quedó en el país y fue invertida en los distintos ramos industriales⁸⁸. La consiguiente subida de precios de comestibles y otros artículos de primera necesidad favoreció también a los productores nativos⁸⁹. A pesar de todo, el coste de la vida en las Canarias era muy bajo para las proporciones europeas, «y la diferencia entre los precios aquí y en los lugares de veraneo franceses e italianos es tan grande que el coste extra del viaje sería más que recuperado»⁹⁰.

Un pequeño número de extranjeros y de nativos se ganaba la vida como propietarios y empleados de hoteles y sanatorios, los cuales alojaban a la siempre creciente corriente de turistas y

⁸² Véase Sapper, 1906, pág. 496.

⁸³ Véase Logothetti, 1904, págs. 1 y sig.

⁸⁴ Véase Brown, 1892, pág. 27.

⁸⁵ Véase Stone, 1889, Prefacio.

⁸⁶ Véase Kampf, 1894, pág. 86, Brown, 1892, pág. 27, cita «50.000 l per annum».

⁸⁷ Krause, 1893, págs. 207 y sig.

⁸⁸ Véase Brown, 1892, pág. 27; Kampf, 1894, pág. 86.

⁸⁹ Véase Krause, 1893, págs. 207 y sig.

⁹⁰ «And the difference between prices here and in the French and Italian resorts is so great that the extra cost of the journey would be more than recouped» Stone, 1899.

convalecientes⁹¹. También los propietarios de establos de alquiler (alquiler de caballos y coche) sacaron provecho de la creciente demanda⁹².

El turismo había introducido importantes modificaciones, sobre todo en la industria hotelera. Así, por ejemplo, en los años noventa, se erigieron con capital inglés dos grandes construcciones hoteleras, que, como sanatorios, albergaban en primer lugar a enfermos y convalecientes: el hotel «Santa Catalina», en el istmo de Guanarteme, entre Las Palmas y su Puerto de la Luz, y el «Taoro Hotel», sobre un antiguo río de lava, por encima del Puerto de la Orotava⁹³. Algunas de las más hermosas casas solarietas de la isla de Tenerife y de Las Palmas habían sido reformadas y convertidas en industrias hoteleras⁹⁴. No pocos ingleses, que habían llegado como viajeros a las islas, se construyeron sus casas de campo, sobre todo en el Puerto de la Orotava y en la zona de «El Monte», y quedaron aquí establecidos⁹⁵. También los médicos dirigieron ahora su atención al archipiélago canario. Numerosos médicos europeos abrieron su consulta en los núcleos turísticos, «y los pacientes tienen la ventaja, cuando lo desean, de poder detallar sus síntomas en su lengua materna»⁹⁶.

Las Canarias se habían abierto con el turismo una fuente de riqueza⁹⁷. Como consecuencia de esto, disminuyó incluso la emigración, puesto que habían mejorado las condiciones económicas de la población trabajadora⁹⁸. Sin embargo, esto había sucedido casi sin intervención de los canarios y también sin la ayuda del Gobierno español⁹⁹. El capital español actuaba en las islas solo en pequeña escala, y se abandonaron a los extranjeros numerosas

⁹¹ Véase Sapper, 1906, pág. 500.

⁹² Véase Brown, 1892, págs. 26-28.

⁹³ Véase Brown, 1892, pág. 27; Krause, 1893, págs. 207 y sig.; Stone, 1889, Prefacio.

⁹⁴ Véase Brown, 1892, págs. 26-28.

⁹⁵ Véase Krause, 1893, págs. 207 y sig.

⁹⁶ Brown, 1890, págs. 13 y sig.

⁹⁷ Véase Kampf, 1894, pág. 87.

⁹⁸ Véase Krause, 1893, pág. 34.

⁹⁹ Véase Kampf, 1894, pág. 97; Sapper, 1906, pág. 505; Meyer, 1896, página 145.

empresas lucrativas, como, por ejemplo, la construcción de hoteles y explotaciones comerciales¹⁰⁰. Por el contrario, hay que poner de relieve sobre todo la iniciativa de los ingleses: «Gracias a ellos se completa la cadena que hace de las Islas Canarias un puerto donde se suministra carbón a los barcos ingleses, un jardín donde se cultivan verduras para las mesas inglesas y un lugar de recreo o sanatorio construido y mantenido por ingleses»¹⁰¹.

Hay que indicar todavía una repercusión puramente económica del turismo: en este período de exploración la industria casera cobró importancia rápidamente. Son las «labores de Tenerife», que despertaron gran interés entre los viajeros extranjeros. Llegaron incluso a convertirse en el único producto comercial estimable, que representaba un artículo de exportación de importancia¹⁰². Entre estas labores se cuentan el bordado de calado y roseta, así como los encajes de Vilaflor. A principios del siglo xx deben haber estado ocupadas en la confección de estas labores de 15.000 a 20.000 mujeres y muchachas solamente en Tenerife¹⁰³.

Junto a las grandes empresas erigidas por alemanes e ingleses, situadas principalmente en el Puerto de la Orotava, existían además numerosas pequeñas industrias en manos de las mujeres canarias. Estas vendían sus trabajos directamente a los extranjeros¹⁰⁴.

En aquel tiempo tenía también importancia, como industria casera, la alfarería de Atalaya, un poblado de cuevas en Gran Canaria. Aquí se hacían los cántaros, también conocidos en Africa del Norte, y se vendían en parte a los viajeros¹⁰⁵.

¹⁰⁰ Véase Sapper, 1906, pág. 505.

¹⁰¹ Brown, 1892, págs. 26 y sig.

«By them the chain is completed which makes of the Canary Islands a port where English ships are coaled, a garden where vegetables are grown for English tables, and a recreative ground or sanatorium built up and maintained by English people», Brown, 1892, págs. 26 y sigs.

¹⁰² Véase Baedeker, 1909, pág. 34; Galatti, 1906, págs. 8 y sig.

¹⁰³ Véase Galatti, 1906, págs. 8 y sig.; también datos de Sapper, 1906, página 499.

¹⁰⁴ Véase Galatti, 1906, págs. 8 y sig.

¹⁰⁵ Véase Baedeker, 1909, pág. 49.

Pero ya se mostraban también los aspectos negativos del turismo: la mendicidad callejera de niños en los núcleos turísticos se había convertido en un molesto síntoma concomitante ¹⁰⁶.

Sin embargo, todas las repercusiones mencionadas de la elevada afluencia de extranjeros se limitaban a los centros turísticos.

Por consiguiente, procede investigar a continuación:

- a) Qué modificaciones han experimentado estas islas en comparación con el período de hasta 1885.
- b) Si los extranjeros pudieron abrirse nuevos lugares de estancia en el archipiélago canario.

En el año 1888 fue fundada, con capital británico, la «Compañía de vapores correos interinsulares de Canarias», cuyos barcos hacían escala en cada una de las siete islas dos veces a la semana por término medio ¹⁰⁷.

Mientras que el Gobierno español hizo dotar mejor los dos puertos principales, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, los puertos más pequeños se descuidaron casi por completo ¹⁰⁸. Así se explica por qué el *Hiero*, la *Gomera* y las *Purpurarias* (Lanzarote y Fuerteventura) fueron «visitadas casi exclusivamente por geólogos y botánicos» ¹⁰⁹ en ese período de investigación. No había posibilidades de hospedaje para convalecientes y turistas ¹¹⁰.

También en *La Palma*, calificada por muchos como la isla más hermosa del archipiélago, por su clima benigno, la belleza de su paisaje y sus magníficos bosques ¹¹¹, el turista había sido hasta 1882 «una rara aparición» ¹¹². Pero un año más tarde el único hotel inglés en la capital, Santa Cruz, ya estaba casi continuamente abarrotado de ingleses ¹¹³, después de que «la Guía» les

¹⁰⁶ Véase Christ, 1886, pág. 66; véanse también Meyer, 1893, pág. 33; Meyer, 1896, pág. 50, Krause, 1894, pág. 33, Baedeker, 1909, pág. 35

¹⁰⁷ Véase Krause, 1893, pág. 207; Sapper, 1906, pág. 504.

¹⁰⁸ Véase Maluquer, 1906, págs. 63 y 82.

¹⁰⁹ Baedeker, 1909, pág. 31.

¹¹⁰ Brown, 1890, pág. 28.

¹¹¹ Véase Brown, 1890, pág. 61, Baedeker, 1909, pág. 49.

¹¹² Meyer, 1893, págs. 30 y 70.

¹¹³ Véase Brown, 1890, págs. 28 y 62; Meyer, 1893, pág. 69.

hubo indicado los caminos, y que los elegantes vapores de la compañía interinsular hubieron facilitado tanto el acceso al resto de las islas»¹¹⁴. En otras partes de la isla apenas se podía encontrar extranjeros más que «completamente aislados». Con ello la parte oeste servía como ideal «lugar de estancia tanto de verano como de invierno»¹¹⁵ para enfermos y convalecientes. Así se pudo consignar todavía a principios del siglo xx que La Palma «apenas estaba abierta al tráfico turístico»¹¹⁶. El turismo estaba concentrado exclusivamente en la capital de la isla. Al final de este período de investigación, cuatro hoteles ofrecían allí a los visitantes hospedaje¹¹⁷. Los extranjeros eran atraídos, sobre todo, por la fama de la «caldera de Taburiente»¹¹⁸, a la cual se emprendían excursiones desde Santa Cruz.

Tenerife

Hasta 1890 *Santa Cruz de Tenerife* fue el principal puerto de tránsito del archipiélago. La consecuencia de esto fue que por lo menos hasta esa fecha la mayoría de los extranjeros viajaban a Tenerife.

El tránsito daba vida a los hoteles de la capital¹¹⁹. Solamente unos pocos «huéspedes de invierno» ingleses elegían Santa Cruz como lugar de residencia¹²⁰. Al final de este período de investigación éstos disponían de alojamiento en siete hoteles. La «Plaza de la Constitución» (la actual Plaza de la Candelaria), en las inmediaciones del puerto, representaba un pequeño centro del turismo en esta ciudad. Aquí estaban situados la mayoría de los establecimientos hoteleros, cafés y restaurantes, y era donde se daban cita los extranjeros¹²¹. Desde 1893 el ruedo de la plaza de toros, donde principalmente en mayo tenían lugar las corridas,

¹¹⁴ Meyer, 1893, págs. 30 y sig.

¹¹⁵ Brown, 1890, pág. 61. «Both as a summer and a winter resort».

¹¹⁶ Baedeker, 1909, pág. 49.

¹¹⁷ Véase Baedeker, 1909, pág. 50.

¹¹⁸ Véase Meyer, 1893, pág. 70; Brown, 1890, pág. 62.

¹¹⁹ Véase Meyer, 1896, págs. 55 y sig.

¹²⁰ Véase Christ, 1886, pág. 66.

¹²¹ Véase Baedeker, 1909, pág. 35.

constituía una atracción adicional para los viajeros¹²². La falta total de playas en la ciudad repercutía desfavorablemente: las posibilidades de baño se ofrecían exclusivamente en el balneario del «Club Tinerfeño»¹²³.

Puerto de la Cruz

El *Puerto de la Orotava*, «el balneario más ampliamente anunciado de las Islas Canarias»¹²⁴, continuaba siendo el lugar preferido de las Canarias¹²⁵. El viajero que deseaba confort europeo vivía en esta pequeña ciudad más «civilizadamente» que en la capital¹²⁶. Pues aunque algunos de los hoteles de ésta se llamaban «ingleses», llevaban en la construcción y el mobiliario el carácter meridional de las casas de las ciudades canarias¹²⁷. En el propio Puerto de la Orotava había, al principio de la primera guerra mundial, tres industrias hoteleras, todas bajo dirección suiza¹²⁸. Junto a algunas «fondas» españolas, los visitantes disponían, además, de varias pensiones familiares, las cuales estaban dirigidas exclusivamente por ingleses y suizos¹²⁹.

Más arriba del lugar se había instalado, como ya se ha referido, el «Taoro-Hotel». Este sanatorio ofrecía todo el confort que necesitaban los enfermos europeos¹³⁰. A principios del siglo xx esta empresa pasó a propiedad alemana y se llamó entonces «Sanatorio Humboldt»¹³¹.

Invierno y primavera constituían la temporada de turismo del

¹²² Véase Baedeker, 1909, pág. 35.

¹²³ Véase Baedeker, 1909, pág. 35.

¹²⁴ Brown, 1909, pág. 90 «The most widely-advertised health-resort of the Canary Islands».

¹²⁵ Véase Baedeker, 1909, pág. 40

¹²⁶ Véase Brown, 1890, pág. 27.

¹²⁷ Véase Meyer, 1893, pág. 28.

¹²⁸ Véase Ordenación, 1963, Baedeker, 1909, pág. 40; Werner, 1907, página 172.

¹²⁹ Véase Krause, 1894, pág. 15.

¹³⁰ Véase Stone, 1889, pág. 40; consúltese también: Krause, 1894, páginas 14 y 16; Stone, 1889, pág. 223, Brown, 1892, págs. 26 y sig.; Meyer, 1893, páginas 28 y 43 y sig.; Meyer, 1893, pág. 100.

¹³¹ Baedeker, 1909, pág. 40

Puerto de la Orotava. En este tiempo reinan allí temperaturas «que son un alivio para enfermos del pecho»¹³². Entonces todos los hoteles y pensiones eran muy visitados, mientras que en «los calurosos meses de verano», desde junio hasta septiembre, tenían que cerrar¹³³. Pues la mayoría de los extranjeros regresaba en este tiempo a Europa, y la población acomodada de la pequeña ciudad se trasladaba a la villa de la Orotava.

En el Puerto de la Orotava quedaban sólo, en la época estival, algunos turistas aislados junto a enfermos y convalecientes¹³⁴. Sin embargo, al igual que en Santa Cruz, éstos echaban de menos una playa adecuada. El baño en el mar era difícil y estaba lleno de peligros debido a las numerosas rocas existentes¹³⁵.

En comparación con el anterior período de investigación, la red de carreteras de Tenerife había sido ampliada y considerablemente mejorada¹³⁶. Los viajeros podían ahora visitar también otros lugares de la isla con relativa comodidad. Así se convirtió ahora, por ejemplo, *Icod de los Vinos*, en el valle de la Orotava, en el objetivo de casi todos los viajeros en Tenerife, «debido a la imponente vista del "Pico", que desde ninguna otra parte de la isla se mostraba con tal real gracia»¹³⁷. La apertura de un hotel inglés todavía a finales del siglo XIX indica que Icod se había convertido en un, aunque pequeño, centro de turismo¹³⁸.

Pero también otros lugares entraron en la visual de los extranjeros: en *Güímar* instaló un médico alemán un sanatorio en los años noventa del siglo XIX¹³⁹. En el año 1904 sabios alemanes habían instalado en Izaña, a 2.100 metros de altura, un observatorio en unión con un sanatorio para enfermos del pe-

¹³² Meyer, 1896, pág. 101.

¹³³ Véase Krause, 1894, pág. 16; Meyer, 1896, pág. 101; Baedeker, 1909, página 40.

¹³⁴ Véase Meyer, 1896, pág. 143.

¹³⁵ Véase Brown, 1890, pág. 91; Meyer, 1893, págs. 47 y sig.; Krause, 1893, pág. 21.

¹³⁶ Véase Meyer, 1896, pág. 79; Brown, 1890, págs. 78 y 106 b).

¹³⁷ Meyer, 1893, pág. 55.

¹³⁸ Véase Brown, 1890, pág. 99; Baedeker, 1909.

¹³⁹ Véase Meyer, 1896, pág. 159; Woerl, 1914, pág. 60; Brown, 1890, página 83, Krause, 1894, pág. 12; Baedeker, 1909, pág. 35

cho¹⁴⁰. Un hotel de verano se construyó en Vilaflor, situado a 1.400 metros de altura, tan pronto como estuvo terminada la carretera meridional hasta este lugar¹⁴¹.

La Laguna era, desde siempre, la residencia de verano preferida de la población de Santa Cruz¹⁴². Esta ciudad fue también cada vez más el objetivo de los viajeros extranjeros, después que, a principios del siglo xx, un tranvía eléctrico comenzó a circular entre Santa Cruz, La Laguna y Tacoronte¹⁴³. Como posibilidades de alojamiento tenían los viajeros a su disposición dos hoteles ingleses y uno que estaba bajo dirección alemana¹⁴⁴.

La Laguna era recomendada también como lugar de veraneo para enfermos y convalecientes, y sólo en contados casos como residencia de invierno: «defendido por muchos como un lugar apropiado para pasar el invierno por los primeros estados de enfermedades pulmonares, La Laguna es incuestionablemente una residencia agradable en el verano, aunque probablemente demasiado fría para la mayoría de los inválidos desde enero hasta abril»¹⁴⁵.

Gran Canaria

En el año 1883 se comenzó la reforma del puerto de *Las Palmas* (Puerto de la Luz). Diez años después ya era el más importante «fondeadero» de las Canarias¹⁴⁶ y acaparaba la parte principal del tráfico marítimo¹⁴⁷.

¹⁴⁰ Véase Krebs, 1920, págs. 137 y sig.

¹⁴¹ Véase Stone, 1889, pág. 63; Brown, 1890, pág. 83; Krause, 1894, página 31.

¹⁴² Véase también: Brown, 1890, pág. 96; Krause, 1894, pág. 40; Baedeker, 1909.

¹⁴³ Véase Baedeker, 1909, pág. 35.

¹⁴⁴ Véase Baedeker, 1909; Brown, 1890, apéndice, pág. 20; Stone, 1889, págs. 233 y sig; Meyer, 1896, pág. 20, Werner, 1907, pág. 165.

¹⁴⁵ Brown, 1890, pág. 86; véase también Meyer, 1896, pág. 66 «Upheld by many as a winter resort for the first stages of pulmonary disease, La Laguna is unquestionably a pleasant residence in the summer, although probably too cold for the majority of invalids from January to April.»

¹⁴⁶ Baedeker, 1909, pág. 45.

¹⁴⁷ Véase Matznetter, 1958, pág. 21; también Werner, 1907, pág. 224.

Las Palmas, el «lugar más rico y con más vida del archipiélago», estaba ahora unido con su puerto por medio de un tranvía¹⁴⁸. Aunque en el período de investigación precedente todavía no había ningún hotel inglés en esta ciudad, al principio del siglo xx los viajeros ya podían elegir entre seis establecimientos hoteleros¹⁴⁹.

Sin embargo, no fue por esta época tan decisivo el hecho de que *Las Palmas* dispusiera ahora de un número mayor de industrias hoteleras, como la circunstancia de que los dos mayores hoteles habían sido instalados en una zona que hasta entonces no había sido explotada en absoluto: *Las Palmas* todavía no se había fusionado con su puerto, y quedaba en medio la zona de dunas del istmo de Guanarteme, en la que no se había construido.

A menudo permanecían viajeros en *Las Palmas* también en los calurosos meses de verano, si bien la temporada para enfermos y convalecientes no empezaba antes de octubre o noviembre¹⁵⁰. Se trataba principalmente de viajeros de paso y también en cantidad más reducida de turistas en viaje de placer.

Por motivos climáticos «El Monte» era más apropiado que *Las Palmas* para una estancia de reposo más larga. En esta «región montañosa» era *Tafira* la ciudad jardín de los habitantes de *Las Palmas*. Después de haber sido abierto aquí hacia 1890 un hotel inglés¹⁵¹, se creó una constantemente creciente afluencia de ingleses. En invierno se convertía *Tafira* en el lugar de estancia preferido de los ingleses en Gran Canaria¹⁵².

La misma importancia alcanzó en la zona de «El Monte» *Santa Brígida*, cuando a principios del siglo xx dos hoteles ofrecían alojamiento a los forasteros¹⁵³. La mayor parte de los extranjeros la constituían en este lugar convalecientes ingleses y alemanes.

¹⁴⁸ Véase Baedeker, 1909, págs. 35, 45 y 47.

¹⁴⁹ Véase Brown, 1892, págs. 26 y sig., pág. 110 y Apéndice, págs. 30 y siguiente y pág. 33; Stone, 1889, pág. 252; Baedeker, 1909, pág. 45.

¹⁵⁰ Véase Brown, 1890, pág. 111.

¹⁵¹ Véase Brown, 1890, pág. 116.

¹⁵² Véase Baedeker, 1909, pág. 48.

¹⁵³ Véase Baedeker, 1909, pág. 49.

Vista de conjunto de este segundo periodo. Datos estadísticos

En resumen: hasta el principio de la primera guerra mundial (1914), constituían núcleos turísticos Las Palmas y «El Monte», en Gran Canaria, y el Puerto de la Orotava, Santa Cruz, La Laguna, así como en menor volumen también Icod y Güímar, en Tenerife. Como centro turístico más pequeño se contaba Santa Cruz de La Palma, mientras las otras islas del archipiélago todavía permanecían apartadas de la corriente de extranjeros.

El tipo de turismo dominante era todavía la estancia de enfermos y convalecientes. Pero su presencia en las Canarias ya no era vista con agrado: «los insulares son tan corteses .. hacia los extranjeros, pero ven con tanto desagrado la permanencia de enfermos en su isla (esto se me aseguró varias veces), porque consideran sus dolencias crónicas, sobre todo enfermedades del pecho, como contagiosas»¹⁵⁴. Por eso se iba creando ahora progresivamente (originado por los relatos de viajes de Brown y Stone) el viaje de placer como nuevo tipo de turismo¹⁵⁵.

Junto a esto, también era importante el turismo de tránsito, en el que los pasajeros permanecían en las islas durante el tiempo de aprovisionamiento y carga de carbón de su vapor (véase tabla 1). Fracasaron algunos intentos, llevados a cabo por particulares, de establecer y regular, como otro tipo de turismo, la visita a las fuentes minerales a la manera usual en los balnearios europeos¹⁵⁶.

La temporada dependía del tipo de turismo: enfermos y convalecientes, viajaban en invierno y primavera a las Canarias, lo mismo que los turistas. Pues «el mes más hermoso es marzo, en el que la encantadora primavera subtropical está en plena flor». Sólo el turismo de paso era independiente de la estación del año¹⁵⁷.

Puesto que faltan datos precisos sobre el número de extran-

¹⁵⁴ Christ, 1886, pág. 157; también Marcet, 1883, pág. 252.

¹⁵⁵ Véase Meyer, 1896, pág. 143, también págs. 2 y 4, Krebs, 1920, páginas 134 y sig.

¹⁵⁶ Véase Kampf, 1894, pág. 68.

¹⁵⁷ Woerl, 1914, pág. 49, véase Baedeker, 1909, pág. 34; Meyer, 1896, págs. 2 y 4.

mero de viajeros en Gran Canaria debe ser, como ha mostrado la investigación, considerado algo más pequeño: alrededor de 3.500 extranjeros permanecieron en 1912 en esta isla.

* * *

A pesar de la neutralidad de España, la primera guerra mundial repercutió enormemente en el archipiélago canario: las comunicaciones marítimas fueron casi totalmente suspendidas; con esto experimentó el turismo una interrupción ¹⁶³.

3. EL TURISMO DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El tráfico comercial, y con él también el de pasajeros, se pudieron normalizar lentamente después de los años de la guerra, 1914-1918, y alcanzaron un nuevo apogeo en 1930-31, aunque, sin embargo, fue todavía considerablemente inferior al de 1912-13. Un curso totalmente similar se debe atribuir a la afluencia turística. Pero ahora se hacían perceptibles en las Canarias también las repercusiones de la crisis económica mundial ¹⁶⁴. Las Canarias no tuvieron tiempo de recuperarse de este revés económico: en 1936 estalló en España la guerra civil. Apenas había terminado ésta cuando comenzó la segunda guerra mundial (1939-1945). Ambos acontecimientos afectaron también a las Islas Canarias: desde 1932 hasta 1945 las estadísticas portuarias, tanto de Santa Cruz de Tenerife como de Las Palmas, muestran tendencias a la disminución ¹⁶⁵. La afluencia de extranjeros había experimentado en este período una interrupción prácticamente total ¹⁶⁶.

Con esto queda claro que en este período de investigación pueden considerarse como «normales» exclusivamente los años desde 1920 aproximadamente hasta 1932. Por consiguiente, la

¹⁶³ Véase Información , 1951, pág. 414.

¹⁶⁴ Véase Información , 1951, págs. 403 y 414.

¹⁶⁵ Véase Información , 1951, págs. 403 y 414; Matznetter, 1958, página 23.

¹⁶⁶ Véase Organización , 1958, pág. 225.

inmediata descripción del turismo puede limitarse a un análisis de este tiempo.

La «Asociación Internacional contra la Tuberculosis»¹⁶⁷ envió a comienzos de los años veinte de este siglo una comisión científica a las Canarias, la cual debía investigar la eficacia del clima canario para fines curativos. Se llegó al resultado de que las islas disponen de un clima único en el mundo, cuyos extraordinarios matices en el espacio más reducido ejercen una singular virtud curativa. Por ello, la Asociación consideró a la isla como una zona ideal de «aclimatación, convalecencia y curación»¹⁶⁸. Se esperaba que estas salubres ventajas del clima canario hicieran crecer cada vez más la afluencia de forasteros, con el otra vez creciente tráfico marítimo de después de la primera guerra mundial. Se tenía la convicción de que en este aspecto, en el turismo del tipo de reposo y también en el de viajes de placer, podía residir el verdadero futuro económico de las Islas Canarias¹⁶⁹.

Para poder aprovechar estas grandes posibilidades de desarrollo que ofrecía el archipiélago, tuvieron que seguir mejorándose en primer lugar las comunicaciones¹⁷⁰.

En los comienzos de los años veinte todavía era bastante difícil para los viajeros salir otra vez de las islas¹⁷¹. Para poder viajar al archipiélago, los visitantes habían tenido que depender casi exclusivamente de los transatlánticos que hacían escala en las Islas Canarias. Al regreso de estos barcos estaban la mayor parte de las veces todas las plazas cubiertas por europeos que regresaban de Ultramar. Ya en 1825 se logró un importante alivio en este aspecto: vapores correo españoles viajaban ahora todos los fines de semana de las Canarias a Cádiz o Sevilla¹⁷².

El necesario refuerzo del tráfico interinsular para una explotación turística de todas las Islas Canarias se realizó sólo de manera insuficiente: estos barcos cubrían el servicio entre Santa

¹⁶⁷ *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 16.

¹⁶⁸ Krebs, 1920, pág. 139.

¹⁶⁹ Véase Krebs, 1920, págs 134 y sig

¹⁷⁰ Véase Krebs, 1920, pág. 139.

¹⁷¹ Véase Ahlers, 1925, pág. 16.

¹⁷² Véase Ahlers, 1925, pág. 1.

Cruz de Tenerife y Las Palmas una vez al día hasta el comienzo de la crisis¹⁷³. La comunicación con las demás islas del archipiélago permanecía limitada.

Al principio de los años treinta de este siglo tuvieron lugar dos acontecimientos que podían conducir a una creciente mejora de las comunicaciones con las Canarias: en 1930 se abrió el aeropuerto de Gando, en Gran Canaria¹⁷⁴, y en 1933 el de Los Rodeos, en Tenerife, con enlaces aéreos entre las Canarias y la España continental¹⁷⁵. Puesto que casi simultáneamente comenzó la crisis económica, las repercusiones en el turismo no se mostraron hasta unos años después de la terminación de la segunda guerra mundial (1939-1945). Véase apartado 4.

Entretanto, en las islas, incluso se había extendido más la red de carreteras. Numerosas líneas de autobuses unían los lugares más importantes¹⁷⁶. Estas mejoras cobraron importancia sobre todo para el tráfico de excursiones. Esto afectó, en primer término, a *Tenerife*, por la prolongación del tramo sur por Granadilla, Vilaflor y Las Cañadas hasta el Teide, «que será la vía de turismo más importante de Tenerife, pues aproximará a los viajeros a aquellos grandiosos lugares, admiración de cuantos los han recorrido»¹⁷⁷. Ahora en *Gran Canaria* una nueva carretera llevaba desde Las Palmas hasta Tejeda por San Mateo, y con esto abría esta región al turismo. La ampliación de la red de caminos en las demás islas del archipiélago no tuvo repercusiones en la afluencia de forasteros. Pues el *Hierro*, la *Gomera* y las *dos islas orientales* (Lanzarote y Fuerteventura) también en este periodo de investigación quedaban fuera de la corriente turística.

La Palma

La isla de *La Palma* conservó hasta el principio de los años

¹⁷³ Véase Baedeker, 1934; Provincias , 1957, pág. 579.

¹⁷⁴ Véase Die Wirtschaftlichen Kräfte . , 1940.

¹⁷⁵ Véase Organización , 1964, Sep. V, pág. 62; también Cronin, 1940, página 293.

¹⁷⁶ Véase *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 86; Baedeker, 1934, cap. «Tráfico».

¹⁷⁷ *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 13.

treinta su importancia turística, aunque pequeña. Realmente la capital, Santa Cruz, permanecía como único núcleo turístico, ya que, aparte de aquí, no existían en la isla alojamientos suficientes. La ciudad portuaria cobró una importancia adicional con el restablecimiento de los cruceros: estos barcos atracaban, además de en los dos puertos principales del archipiélago, también en Santa Cruz de La Palma, para dar a los viajeros la posibilidad de examinar la isla.

Tenerife

En *Santa Cruz de Tenerife* la composición de la afluencia turística había experimentado un cambio: si en el anterior periodo de investigación casi exclusivamente ingleses habían viajado a esta ciudad, ahora había aumentado considerablemente la proporción de visitantes alemanes. Esto se demuestra también por el hecho de que casi la mitad de todos los establecimientos de hotelería estaban bajo dirección alemana¹⁷⁸.

Los siguientes ejemplos muestran la importancia del turismo en Santa Cruz hasta el principio de los años de crisis: en la «Plaza de la Constitución» se habían instalado casinos propios para ingleses y alemanes. Además se abrió en 1925, en las cercanías del puerto, un «quiosco de turismo e información y propaganda»¹⁷⁹. Aquí los viajeros podían recibir prospectos e informes de todo tipo.

En los años 1932-45 tuvieron que ser cerrados numerosos hoteles. Estos fueron reformados y convertidos en escuelas o edificios gubernamentales.

A la sazón se recomendaba a aquellos que visitaban Tenerife por motivos de salud una estancia en la parte sur de la isla. La mayor duración de la luz solar debía ser para ciertos enfermos más saludable que el clima en la costa norte¹⁸⁰. Además de Santa Cruz era especialmente tenida en cuenta en estos casos *Güümar*, como estación de invierno. Pero el lugar nunca había tenido una mayor importancia para el turismo y quedó, al final

¹⁷⁸ Véase Ahlers, 1925, pág. 27.

¹⁷⁹ *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 26.

¹⁸⁰ Véase Ahlers, 1925, pág. 18; también Woerl, 1914, pág. 60.

de este período, definitivamente apartado de la afluencia de forasteros¹⁸¹.

Vilaflor fue, durante unos años, el lugar de veraneo preferido por los viajeros ingleses, pero sin llegar a ser jamás un núcleo turístico¹⁸².

A *Icod de los Vinos* viajaban los forasteros ahora sólo en excursiones, para contemplar el imponente drago. Por el contrario, *La Laguna* quedó como lugar de estancia para un pequeño número de extranjeros. Estos emprendían, desde aquí sus excursiones, por ejemplo al bosque de laureles «Las Mercedes». Además, el campo de golf situado en las inmediaciones de esta ciudad era frecuentemente visitado por los ingleses¹⁸⁴.

Tacoronte y la *villa de la Orotava*, que en los precedentes períodos de investigación nada habían tenido que ver con el turismo, aparecen ahora, por lo menos unos días al año, en la visual de los forasteros: en el tiempo de las fiestas patronales acudían a este lugar nativos y extranjeros¹⁸⁵.

Al *Puerto de la Cruz*, el «principal centro de atracciones de la isla»¹⁸⁶, viajaba ahora un número cada vez mayor de turistas en viaje de placer, aunque no había playa o algo que se le pudiera comparar.

La situación en la capital de la isla se muestra paralela: en este período de investigación la proporción de viajeros alemanes en comparación con el número de ingleses había aumentado considerablemente. Además, ahora eran dirigidos por alemanes la mayoría de los establecimientos hoteleros¹⁸⁷.

Gran Canaria

Las Palmas se había unido, al crecer, con su Puerto de la Luz al principio de los años treinta. Aquí había una gran proporción

¹⁸¹ Baedeker, 1934; también Ahlers, 1925, pág. 25

¹⁸² Véase Baedeker, 1934.

¹⁸³ Véase Ahlers, 1925, pág. 19; *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 53.

¹⁸⁴ Véase Baedeker, 1934.

¹⁸⁵ Véase *Guía de Tenerife*, 1927, págs. 10 y 96; también Ahlers, 1925.

¹⁸⁶ *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 54

¹⁸⁷ Véase Ahlers, 1925, pág. 27; Baedeker, 1934.

de pensiones y hoteles ingleses y alemanes, que se habían construido en la playa de Las Canteras. En este período disponía en total esta ciudad de 14 industrias hoteleras, de las cuales las mayores o más importantes pertenecían a propietarios alemanes o ingleses. De éstos sólo en el istmo de Guanarteme había nueve empresas¹⁸⁸.

De este hecho ya se puede inferir que los viajes de baños a las Canarias habían cobrado importancia como tipo de turismo. Numerosas «edificaciones con restaurantes y cabinas de baño» indicaban una «explotación considerable en la temporada»¹⁸⁹. A esto corresponde también la observación de Cárdenes¹⁹⁰ sobre la playa de Las Palmas: «en ellas es frecuentísimo el baño de invierno con que inaugura su temporada el extranjero que ha salido de Europa en el rigor de los fríos...». También en Las Palmas había instalado una oficina de turismo la «Junta Insular de Turismo»¹⁹¹.

«El Monte» seguía siendo, en Gran Canaria, el lugar de residencia preferido de los ingleses en invierno¹⁹². Pasaba por ser la «estación climática más adecuada y sana de la isla»¹⁹³.

El puelo de la *Atalaya* se convirtió en meta popular de excursiones. Aquí el interés del visitante se centraba en las numerosas cuevas locales, todavía en uso, y en los objetos de cerámica hechos por mujeres¹⁹⁴.

El Roque Nublo (1.862 metros), en las cercanías del Pico de las Nieves, en Gran Canaria, cobró cierta importancia, aunque de ningún modo comparable a la del Pico del Teide en Tenerife. Estos «montes de escalar» atraían «también a escaladores y turistas», «así que los ingeniosos españoles han instalado en el monte más alto de la isla un buzón de correos, cuyo contenido es siempre sellado y cursado por los guías de montaña»¹⁹⁵. Pero

¹⁸⁸ Véase Baedeker, 1934.

¹⁸⁹ Wehrly-Frey, 1939, pág. 12; también Cronin, 1940, pág. 91.

¹⁹⁰ Revista , 1940.

¹⁹¹ Véase Revista , 1940.

¹⁹² Véase Ahlers, 1925, págs 30 y sig; Baedeker, 1934.

¹⁹³ Wehrly-Frey, 1939, pág. 9.

¹⁹⁴ Véase Wehrly-Frey, 1939, pág. 10.

¹⁹⁵ Wehrly-Frey, 1939, pág. 10.

esta nueva atracción no fue tenida en cuenta hasta después de la segunda guerra mundial: en 1949 se abrió en la Cruz de Tejada un «parador» (hotel estatal).

En este período de investigación cobraron importancia para el turismo dos lugares más. En el valle de *Agaete* había sido instalada la estación balnearia «*Los Berrazales de Agaete*», con un establecimiento termal y las correspondientes instalaciones. La afluencia de forasteros «no debe haber sido insignificante»¹⁹⁶. Al mismo tiempo, la fuente mineral de *Firgas* gozaba también de una mayor popularidad. Su agua pasaba por curativa¹⁹⁷. Por eso al principio de los años treinta se construyó allí un hotel balneario. Era siempre muy visitado, pero pocos años después de su apertura ya tuvo que ser cerrado¹⁹⁸.

Datos estadísticos de este tercer período

Todavía en el precedente período de investigación se profetizó: «sólo el género de la nada, como los viajeros de placer, no se sentirá bien en Tenerife en ninguna época del año, pues en esta tranquila y majestuosa naturaleza, entre este pueblo pobre y sencillo, aquellos que buscan la mera distracción y el pasatiempo social sufrirán las más amargas decepciones. Afortunadamente, el viaje marítimo de varios días de duración es un obstáculo que protege suficientemente a la isla contra tales inoportunos huéspedes. Por su excelente clima, las islas son todavía el paraíso para los enfermos del pecho»¹⁹⁹.

Hasta los años veinte de este siglo todavía eran principalmente enfermos los que viajaban en invierno al archipiélago canario. Sin embargo, los enfermos graves iban rara vez a las islas: un viaje marítimo era demasiado penoso para ellos, y además no había hospitales.

En la mayoría de los hoteles los enfermos se convirtieron en huéspedes demasiado mal vistos, «de los cuales se querían desem-

¹⁹⁶ Wehrly-Frey, 1939, pág. 14; también Baedeker, 1934.

¹⁹⁷ Véase Ahlers, 1925, pág. 31.

¹⁹⁸ Véase Wehrly-Frey, 1939, pág. 14.

¹⁹⁹ Meyer, 1896, págs. 2 y 4.

barazar por medio de un servicio desatento»²⁰⁰. Antes del comienzo de los años de crisis, la convalecencia de enfermos había sido reemplazada por un nuevo tipo de turismo: ahora viajaban al archipiélago casi exclusivamente «viajeros de placer y turistas». Sobre todo Las Palmas se convirtió en balneario marítimo.

Aproximadamente a partir de 1925 aparecieron los «cruceiros» como otro tipo de turismo: «En el invierno llegan con regularidad grandes buques de 'turismo' con expediciones organizadas expresamente para conocer los panoramas de la isla. Los alemanes o ingleses tienen predilección por Tenerife...»²⁰¹.

Esto ocurría no sólo en Tenerife. También en Las Palmas y en Santa Cruz de La Palma atracaban estos barcos, para ofrecer a los pasajeros la oportunidad de conocer las bellezas de estas islas.

Como antes, la temporada turística la constituían el invierno y la primavera, aunque siempre se indicaba que «era especialmente recomendable para turistas una visita a las islas también en los meses de verano, en los que siempre se puede contar con el mejor tiempo»²⁰².

No existen datos precisos sobre el número de turistas que viajaban anualmente al archipiélago canario. Un primer indicio lo contiene la siguiente observación, que se refiere a los puertos de Santa Cruz de Tenerife y Puerto de la Cruz: «Semanalmente, durante todo el año, arriba un vapor de la compañía «Yeoward Bros.», que conduce 70-100 turistas ingleses»²⁰³. Sin embargo, en esta cantidad están comprendidos la parte correspondiente a los cruceros. Del mismo modo, para Gran Canaria se encuentra sólo una vaga indicación: «Son importantes las colonias de extranjeros, especialmente turistas, en la temporada invernal»²⁰⁴.

Por ello se intenta deducir el volumen aproximado de la afluencia de forasteros a partir del número de pasajeros (véase tabla 2).

²⁰⁰ Ahlers, 1925, págs. 15 y sig.

²⁰¹ *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 36.

²⁰² Ahlers, 1925, Prólogo.

²⁰³ *Guía de Tenerife*, 1927, págs. 36, 100-102.

²⁰⁴ *Revista*, 1940, s/p.

TABLA 2
 TRAFICO DE PASAJEROS EN EL PUERTO DE SANTA CRUZ
 DE TENERIFE (1925)

| NACIONALIDAD | NUMERO DE PASAJEROS | | |
|-------------------------|----------------------|-----------------|-------------------|
| | <i>Desembarcados</i> | <i>Tránsito</i> | <i>Embarcados</i> |
| Alemania | 844 | 24.779 | 501 |
| América | — | 36 | — |
| Bélgica | 151 | 6.906 | 44 |
| España | 18.543 | 19.859 | 9.213 |
| Francia | 199 | 4.030 | 815 |
| Holanda | 141 | 273 | 1 |
| Inglaterra | 578 | 26.268 | 208 |
| Italia | 103 | 12.276 | 63 |
| Noruega | 79 | 201 | 20 |
| Portugal | — | 67 | — |
| Total | 20.638 | 94.659 | 10.865 |
| Comparación 1924 | 17.587 | 98.256 | 13.737 |

Fuente: *Guía de Tenerife*, 1927, pág. 43.

Puesto que los turistas españoles no fueron en mayor número al archipiélago canario hasta después de la segunda guerra mundial, en el año 1925 habían viajado sólo a la isla de Tenerife unos 2.000 extranjeros. Las Palmas había sobrepasado a Santa Cruz de Tenerife en la importancia del tráfico marítimo; pero Tenerife, y especialmente el valle de la Orotava, habían adquirido tal fama por las descripciones de los viajeros, que para la mayoría de los extranjeros un viaje a las Canarias todavía se podía equiparar a un viaje a Tenerife.

Las playas de Las Palmas, sobre todo, cobraron importancia una vez que los viajes de placer se hubieron convertido en el tipo dominante de turismo. Entonces viajaron a Gran Canaria casi tantos extranjeros como a la isla vecina.

Hasta 1932, en que la afluencia de forasteros se interrumpió por muchos años, se duplicaron las cifras de 1925.

Se había operado un cambio en la composición de las nacionalidades de los viajeros. En 1900 sólo unos pocos alemanes habían viajado a las Islas Canarias. Pero posteriormente crece de manera espectacular.

Aunque las islas eran, desde hacía mucho tiempo, un lugar de residencia muy frecuentado por convalecientes y enfermos, eran poco conocidas en aquella época en Alemania²⁰⁵. Esto se podía atribuir a que entonces no existía todavía un enlace directo de Alemania con el archipiélago canario. Sólo después que varias líneas marítimas alemanas hicieran hacer escala regular en las Canarias a sus grandes y rápidos vapores de pasajeros, que viajaban hacia Africa y Sudamérica, se hizo el viaje a Tenerife y Gran Canaria tan «cómodo», que todos los años pasaba allí el invierno un número mayor de alemanes. Ingleses y alemanes juntos constituían la mayor parte de los viajeros en este período de investigación. Pero mientras que en Tenerife el número de visitantes procedentes de Alemania e Inglaterra era aproximadamente el mismo (véase tabla 2), en el turismo de Gran Canaria figuraban también en estos años más ingleses que alemanes.

4. LA EXPANSIÓN DEL TURISMO DESPUÉS DE 1945

Después de la segunda guerra mundial las proporciones no pudieron restablecerse sino de forma lenta. Hasta 1949 no se restableció el tráfico marítimo de forma que pudieran alcanzarse las cifras de 1912-13. El establecimiento de enlaces marítimos regulares desde Barcelona y Cádiz con las Canarias fue de gran importancia para una renovada afluencia de forasteros. Pero ya viajaban también turistas en avión. En realidad este tipo de viaje no cobró importancia hasta el año 1957, con el establecimiento del tráfico «charter». También de comienzos de los años cincuenta faltan cifras precisas relativas al volumen del turismo: «las líneas regulares turísticas están dirigiendo hacia el archipiélago una notable corriente de visitantes para estancia de alguna duración»²⁰⁶. Sin embargo, a partir de una publicación

²⁰⁵ Véase Ahlers, 1925, pág. 15.

²⁰⁶ Información..., 1951, pág. 406.

de la Organización Sindical²⁰⁷ se puede deducir que en 1950 se quedaron unos 8.000 turistas en Tenerife y alrededor de 7.000 en Gran Canaria. El número de viajeros aumentó rápidamente en los años siguientes²⁰⁸.

Esta expansión del turismo fue perceptible también en La Palma. Mientras el Hierro, la Gomera y Fuerteventura permanecían todavía apartadas de la corriente turística en los años cincuenta, se abrió un «parador» en Arrecife de Lanzarote en 1951. La consecuencia fue que un número siempre creciente de viajeros visitaban también esta isla.

5. RESUMEN Y PERSPECTIVAS

En la investigación retrospectiva se ha podido establecer que aproximadamente a mediados del siglo XIX el turismo se extendía también a las Islas Canarias. Los viajeros eran atraídos por las bellezas naturales de la isla de Tenerife (el pico del Teide, así como el valle de la Orotava) y sobre todo por el clima extraordinariamente benigno y estable.

Habiendo sido comerciantes, hombres de ciencia y «naturalistas» los precursores del turismo, la convalecencia de enfermos fue el único tipo de turismo hasta los años veinte del siglo XX, en que fue reemplazado por la estancia de los auténticos turistas: los viajeros de placer.

Además del Puerto de la Cruz, sólo Santa Cruz pudo sostenerse como núcleo turístico en Tenerife. La capital de la provincia llegó a convertirse después de la segunda guerra mundial en meta preferida de las vacaciones de los viajeros. No fue sino al final de los años cincuenta cuando el Puerto de la Cruz se convirtió de nuevo en el centro turístico de esta isla.

En Gran Canaria «El Monte» constituyó durante mucho tiempo el lugar de residencia preferido de los forasteros, para finalmente, cuando los baños de mar adquirieron importancia, ceder la delantera a Las Palmas.

²⁰⁷ Organización Sindical, 1958, pág. 255.

²⁰⁸ Véase Riedel, 1970.

La afluencia de forasteros a *La Palma* quedó limitada sólo a la capital de la isla.

Al principio de los años cincuenta, Arrecife, la capital de *Lanzarote*, quedó por primera vez incluida en el tráfico turístico.

Todas las demás islas quedaban apartadas de la corriente del turismo.

Se ha podido mostrar que el número de forasteros experimentó una subida después de la reforma de las comunicaciones. Dada la situación de las islas del archipiélago no se podía esperar otra cosa. 1912-13 y los años inmediatamente anteriores a la época de crisis (en el año 1932) ofrecieron los puntos culminantes en el número de visitantes, cuando unos 4 ó 5.000 forasteros estuvieron en Tenerife y alrededor de 3.000 en Gran Canaria.

Después de la segunda guerra mundial el volumen del turismo aumentó con relativa rapidez: en 1950 ya se contaban unos 15.000 turistas en las Islas Canarias.

Aunque todavía en las primeras décadas, tras la implantación del turismo, casi exclusivamente se encontraban viajeros ingleses en las Canarias, al principio de los años cincuenta de este siglo los turistas ingleses y alemanes constituían, aproximadamente, en partes iguales, la mayoría de los forasteros en Tenerife. Por el contrario, a Gran Canaria viajaban predominantemente ingleses.

La temporada de turismo fue siempre en los meses de octubre a abril.

En época más reciente, de los años sesenta en adelante, el turismo en Canarias ha tenido y sigue teniendo una expansión extraordinaria, construyéndose torres, residencias y hoteles en las partes del sur de las islas, hasta entonces desérticas e inaprovechadas: es que son los parajes de mejores playas, especialmente en Gran Canaria. Incluso se piensa, y ya está en proyecto, promocionar algunos de los islotes hasta ahora casi desiertos: tal la isla de la Graciosa. Parece que el turismo sigue siendo parte del porvenir de las Islas Canarias.

INDICE BIBLIOGRAFICO

- AHLERS, J.:
Reiseführer. Tenerife und die anderen Canarischen Inseln, Fuerteventura, Gomera, Gran Canaria, La Palma, Lanzarote, Hierro. Santa Cruz de Tenerife: Selbstverlag, Hamburg, 1925.
- BAEDEKER, K.:
Das Mittelmeer. Hafenplätze und Seewege nebst Madeira, den Kanarischen Inseln, der Küste Marokkos, Algerien und Tunessien. Handbuch, Leipzig: Baedeker, 1909, XXXII.
Madeira, Kanarische Inseln, Azoren, Westküste von Marokko. Handbuch für Reisende. Leipzig: Baedekers Reisehandbücher, 1934.
- BOLLE, C.:
 Die Canarischen Inseln; en *Berliner Zeitschrift f. allgem. Erdkunde*, 1861. Vol. X. «Allgemeines und Historischer Umriss»; vol. XI. «Tenerife», vol. XII: «Gómera».
- BROWN, A. S.:
Madeira and the Canary Islands. A Practical and Complete Guide for the Use of Invalids and Tourist. London, 1890 (2.^a ed.).
 Foreign Office. 1892. «Miscellaneous Series», n.º 246. *Reports on Subjects of General and Commercial Interest. Spain. Report on the social and economical condition of the Canary Islands.* London, August 1892.
- CHRIST, H.:
Eine Frühlingfahrt nach den Kanarischen Inseln. Basel, 1886.
- COOK, J.:
Voyage to the Pacific Ocean, 1776-1780. London, 1784, vol. I.
- CRONIN, A. J.:
Grand Canary. 11. impr. Chead war ed., London, 1940.
Die Wirtschaftlichen Kräfte der Kanarischen Inseln. Bearb. im Inst f. Weltwirtschaft an d. Univ. Kiel, 1940; nebst Ergänzungsbericht. Der Aussenhandel der Kanarischen Inseln. Kiel, 1940.
- FRISTSCH, K. von:
Meteorologische und Klimatographische Beiträge zur Kenntnis der Canarischen Inseln, en «Pet. Mit.», 12, pág. 217-227, 1866
Reisebilder von den Canarischen Inseln, en «Pet. Mitt. Erg.», vol. V, fascículo 22, Gotha, 1867.
- GALATTI, G. Ritter von:
Teneriffa, Import- und Exportverhältnisse, en «Kommerzielle Berichte, hgg. vom k. k. osterr. Handelsmuseum», n.º 7, Wien, 1907.
- GLAS, G.:
Geschichte der Entdeckung und Eroberung der Kanarischen Inseln Aus einer in der Insel La Palma gefundenen Spanischen Handschrift übersetzt. Nebst einer Beschreibung der Kanarischen Inseln, von George Glas (aus dem Englischen), Leipzig, 1777.

GREEFF, R.:

Reise nach den Canarischen Inseln. (London, Lissabon, Madeira, Tenerife, etc.) Mit popularwissenschaftlichen Schilderungen. XII, Bonn, 1868.

Guía de Tenerife. Editada por el... Cabildo Insular de Tenerife. Barcelona: Instituto Nacional de Expansión Económica, 1927.

HACKEL, E.:

Eine Besteigung des Pík von Teneriffa (1867), en «Hackel: Von Teneriffa bis zum Sinai. Reiseskizzen», 1923, págs. 1-31, 1870.

HUMBOLDT, A. von:

Reise in die Aequinoctialgegenden des Neuen Continents. In deutscher Bearbeitung von Hermann Hauff, nach der Anordnung und unter Mitwirkung des Verfassers. Einzige, von A. von Humboldt anerkannte Ausgabe in deutscher Sprache. Stuttgart, 1859-60.

Información Comercial Española: Ministerios de Asuntos Exteriores y de Industria y Comercio. Madrid. Epoca 3, núm. 211, 1951, pág. 401-454 (versch Aufsätze über die Wirtschaft der Kanarischen Inseln).

KAMPF, W.:

Die Erwerbsquellen auf den Kanarischen Inseln und ihre Wandlungen. Diss. Bonn, 1894.

KRAUSE, A.:

Über die ökonomische Bedeutung und den gegenwärtigen Zustand der Kanarischen Inseln, en «Deutsche Geogr. Blätter», H. 3, vol. XVI, hrsg v. d. Geogr. Ges. in Bremen, Bremen, 1893, págs. 203-215.

Tenerife. Reiseskizzen aus dem Jahre 1893, en «Deutsche Geogr. Blätter», 17, págs. 1-43, Bremen, 1894.

KREBS, W.:

Die Kanarischen Inseln, en «Wirtschaftsmonographien wichtiger Handelsstaaten», vol. I, parte 2, 1920, págs. 126-139.

LÖHER, F. von:

Nach den glücklichen Inseln; Kanarische Reisetage. Bielefeld, 1876.

LOGOTHETTI, H.:

Berichte der K. u. K. österr.-ung. Konsularämter über das Jahr 1904 Kanarische Inseln (Teneriffa); hrsg. im Auftrag des K. K. Handelsministeriums vom K. K. osterr. Handels-Museum.

MAC GREGOR, F. C.:

Die Kanarischen Inseln nach ihrem gegenwärtigen Zustande, und mit besonderer Beziehung auf Topographie und Statistik, Gewerbefleiß, Handel und Sitten. Hannover, 1831, XVI.

MALUQUER Y VILADOT, J.:

Recuerdos de un viaje a Canarias. Barcelona, 1906.

MARCET, W.:

The island of Teneriffe. Southern and Swiss healthresorts. London, 1883.

MATZNETTER, J.:

Der Seeverkehr der Kanarischen Inseln, en «Wiener Geogr. Schriften», fascículo 3, 1958.

MEYER, H.:

Winterfahrten auf Teneriffa (Tenerife). Vortrag i. d. Vers. v. 28. Okt. 1894,
en «Mitt. d. Geogr. Ges. f. Thuringen», 13, págs. 106-109, Jena, 1894.

Die Insel Tenerife. Wanderungen im kanarischen Hoch- und Tiefland.
Leipzig, 1896.

MEYER, V.:

*Marztage im Kanarischen Archipel. Ein Ferien-Ausflug nach Teneriffa und
La Palma.* Leipzig, 1893.

MINUTOLI, J. Frh. von:

Die Kanarischen Inseln, ihre Vergangenheit und Zukunft. Berlín, 1854.

NEBEHAY, K.:

Die Kanarischen Inseln, en «D. Rdsch. f. Geogr. u. Statist», 26, pág. 275-277,
Wien-Leipzig, 1904.

*Ordenación turística, Plan de Desarrollo Económico. Provincia de Santa
Cruz de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife,* 1963.

Organización Sindical, Consejo Económico Sindical Nacional, Gabinete
Técnico, Cuaderno núm. 3, Serie de Estudios Regionales y Provinciales:
Estructura y posibilidades de desarrollo económico de la región Canaria,
efectuado por los Consejos Económicos Sindicales de Santa Cruz de
Tenerife y Las Palmas, septiembre 1958.

PEGOT-OGIER, E.:

Les Illes fortunées ou l'Archipel des Canaries. París, 1869; English, Lon-
don 1871.

POSER, H.:

Geographische Studien über den Fremdenverkehr im Riesengebirge, en
«Abh. d. Ges. d. Wiss. zu Gottingen, math.-phys. Kl.», 3.^a serie, fas-
cículo 20, Gottingen, 1939.

Provincias Insulares de España: Baleares y Canarias, en «Inform. Comerc.
Española», Ministerio de Comercio, época 5, núm. 285, 1957, páginas
565-579.

Revista Geográfica Española, núm. 8, número dedicado a Gran Canaria.
San Sebastián, 1940.

RICHTER, H. E.:

*Bericht über medizinische Meteorologie und Klimatologie im medizinischen
Jahrbuch. Das Klima der Kanarischen Inseln,* en «Pet. Mitt », 1867, pá-
gina 119.

RIEDEL, M.:

*Der Fremdenverkehr auf den Kanarischen Inseln. Eine geographischen Un-
tersuchung;* en «Schriften d. Geogr. Inst. d. Univ. Kiel», vol 35, Kiel,
1970.

SAPPER, K.:

Die Kanarischen Inseln. Eine geographische Studie, en «Geogr. Ztschr.», 12,
páginas 481-506, Leipzig, 1906

STONE, O. M.:

Tenerife and its Six Satellits. Or: The Canary Islands Past and Present.
London, 1889.

VIGNAL, W.:

Orotava and the Canary Isles: Notes on a Winter Sojourn, en «*Brit. Med. J.*», I, págs. 419 y 469. London, 1893.

WEHRLY-FREY, M.:

Gran Canaria, en «*Neujahrsblatt, hrsg. v. d. Naturforsch. Ges. in Zürich auf das Jahr 1939*», 141. Stück.

WERNER, A. von:

Reisebriefe. Madeira, Teneriffa, Gran Canaria, Kamerun. Dresden, 1907.

WOERL, L.:

Die Kanarischen Inseln. (Reisehandbuecher). Leipzig, Woerls Reisebuecher-
verlag, 1906, 2. Aufl., 1914.